

A IMAGEN Y SEMEJANZA DE NUESTRO MUNDO

Pedro J. de Velasco R., S.J.*

Me confieso culpable de insolencia científica por mezclar discursos y métodos, sin ningún derecho ni rigor; es decir, de tomarme una libertad ilegal.

Resumen

Este ensayo trata de abrir la reflexión sobre la necesaria interconfiguración de mundo, humanidad y tecnociencia; por qué el ser humano sólo puede serlo humanizando el mundo y dejándose humanizar por él. Cómo, por esa misma razón, el desencanto postmoderno y, sobre todo, la destrucción ecológica nos revelan que las grandes creaciones de la Ilustración (la ciencia experimental, la economía burguesa y la legalidad estatal) y su misma Razón endiosada se han reducido a mecanismos (des)configuradores de una humanidad y un mundo sometidos al tamaño y a la rigidez de esa razón-ley tecnocientífica y político-económica. Igualmente señala que las raíces últimas de nuestra concepción, manejo y configuración del mundo se hunden en la filosofía griega.

Abstract

There is always been an interconnected process of mutual configuration between world, humanity and techno-science; we become the likeness and image of the processes and activities by which we interact with all our surrounding realities. So, modern reason is not only the instrumental reason denounced by the Frankfurt philosophical school but has become

Palabras clave: Razón, legalidad, configuración, humanidad, mundo.

Keywords: Reason, law, construction, humanity, world.

*Académico del Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México
pedro.dvelasco@ibero.mx

instrumentalist, it has imposed not only its laws and limits to our comprehension of our world, our humanity and our instruments or relating to both of them; surreptitiously it has configured the very structure of our lives and activities, the whole nature, to its formality, to reason and law. Disenchantment and ecological destruction are the outcome of this process and its comprehension of the world and human nature's meaning and our relationship with them. It also points to its Greek philosophical rooting and the possibilities that the actuality and formality of our virtual worlds open to an epochal change.

En el origen

En el origen, era la singularidad —el no-espacio/no-tiempo, no-materia, no-energía, el caos que la ciencia no puede explicar—; entonces hubo el *big-bang*. Y, si la energía oscura no es lo que creemos predecir, en un más que apocalíptico futuro, el *big-crunch*, será la singularidad. Fronteras incomprensibles para la ciencia que las produjo y que nos ubican entre la expansión infinita y la compresión infinitesimal. En medio fueron la naturaleza y el ser humano, reducidos por esa misma ciencia a energía y partículas, a genes y sinapsis cerebrales o al no-espacio/no-tiempo, de la no-realidad cibernética.

Este cripto-metarrelato —en el cual el ser humano es un accidente casual e intrascendente, infinitesimal en los procesos de asociación de partículas y energías en que descomponemos el cosmos— sintetiza y simboliza una buena parte del proceso de configuración y comprensión de la realidad del mundo, de los seres humanos y de la relación entre ambos que el llamado mundo occidental ha ido imponiendo globalmente. Relato paradójicamente surgido de aquella modernidad que tuvo como propósito científico original hacer del *anthropos*¹ el centro del universo; pero que, ubicando el cosmos —y a la humanidad— entre dos nada, cuadra singularmente con una postmodernidad supuestamente desencantada, desesperanzada, anclada en el no-espacio/no-tiempo cibernético.

El que estas ciencias del cosmos y de la vida, antiguamente llamadas *naturales* —erigidas en único y fundamental saber autorizado— puedan prescindir del hombre y el que, correspondientemente, las llamadas ciencias *humanas* —muy particularmente las económicas y políticas— puedan prescindir del mundo es síntoma, pero también es causa fundamental de la crisis *epocal* que estamos viviendo; muy concretamente, de la progresiva destrucción de uno y del sometimiento o sinsentido del otro.

Propósito científico
original hacer del
anthropos el centro del
universo

¹ En atención al lenguaje políticamente correcto trataré de usar los vocablos latino (*homo*) y griego (*anthropos*) para referirme al ser humano concreto, incluyendo hombres y mujeres. Sin embargo, es muy difícil y muy pedante utilizar siempre esos substitutos, por lo cual entiéndase que —a no ser que se indique otra cosa— el término hombre conlleva el significado tradicional de la filosofía y las ciencias, se refiere a la realidad humana concreta, hombre y mujer.

Porque esa comprensión y la tecnociencia que surge de ella se vuelven ya no proyecto científico sino realidad, político-económica, cuya implementación global —también paradójicamente— va resultando en la reducción del mundo vivible y de la humanidad que lo puede vivir —incluso en el llamado primer mundo— a espacios aislados y aislantes (casas y oficinas) cada vez más cómodos, higiénicos, bien conservados, pero enclavados en mundos y situaciones socioecológicas (planeta, tierras y ríos, ciudades...) cada vez más contaminados, inseguros u opresivos, o simplemente expoliados y devastados. Y, si atendemos a los diagnósticos y pronósticos de algunos economistas, para que este proyecto económico-político se mantenga según su actual lógica y dinámicas, habrá que eliminar al 90% de la humanidad. Por otro lado —y bajo apariencia de progreso— padecemos una progresiva homogeneización y empobrecimiento de nuestras formas de vida, estilos, vestimentas, alimentos, diversiones, en aras de la eficiencia y rentabilidad del consumo masivo. Nuestros mundos individuales, actividades y tiempos, nuestras relaciones, en la práctica, se van concentrando en y reduciendo a la pantalla de las computadoras...

Intellectus apretatus discurrit (ojalá)

Decían los antiguos que la reflexión surge cuando el intelecto humano se ve presionado por las situaciones críticas a resolver, observación retomada por Xavier Zubiri, quien afirma que la inteligencia es la forma humana de enfrentar y resolver los desajustes de nuestro mundo y nuestra vida. Pero ni unos ni el otro pudieron plantearse la necesidad de enfrentar y resolver una crisis que amenazara la globalidad de nuestro mundo y nuestras vidas.

Dejamos de creer en
sus grandes relatos, pero
no en sus creaciones
concretas

Hablar de que vivimos una época de crisis resulta ya un lugar común. Se argumenta frecuentemente —y con cierto escándalo— que las diversas crisis globales que estamos viviendo (derrumbe de las economías, violencia generalizada, deterioro ecológico) se deben fundamentalmente a una pérdida de “valores” y de ideales, consecuencia de un materialismo rampante. Hipótesis falsa y mistificadora; pues más bien se trata precisamente de lo contrario: de la entronización idolátrica de valores e ideales de todo tipo (económico, ético, religioso, educativo...) por encima de los bienes o realidades mundanas, y a causa de su des-precio. No es casual la coincidencia de una economía especulativa con la progresiva priorización de los procesos y mundos *virtuales* ni, sobre todo, con el acelerado deterioro del mundo *real*. Basta recordar la crisis de 2008 para comprender en qué medida el acceso a los bienes concretos/materiales más fundamentales para la vida, para la mayoría de la humanidad, está sometido por —y fue realmente sacrificado a— la especulación, es decir, a la priorización de los valores de las bolsas de Londres, Nueva York, Japón o Brasil... y a su manipulación cibernética.

Se habla también de una crisis de la modernidad; pero ¿la hay realmente? Dejamos de creer en sus grandes relatos, pero no en sus creaciones concretas, ni siquiera en sus presupuestos y postulados filosóficos: creemos en sus máquinas, en la producción en serie, en su idea y tipo de ciencias, su organización económica, sus instituciones políticas y aun sus definiciones de libertad, de ser humano y de mundo. Aunque también es cierto que estamos enfrentando las consecuencias indeseables de todo lo anterior y, en el fondo, de sus formas de comprender e informar las relaciones entre los

seres humanos y el mundo. Porque esta situación globalmente crítica y terriblemente amenazadora en que estamos metidos por lo menos desde hace 50 años, no es ajena a la comprensión, proyectos y logros tecnocientíficos, políticos, económicos y filosóficos de la modernidad. Al contrario, en buena parte se debe precisamente a ellos.

Ojalá estas situaciones críticas nos llevaran no sólo a una pérdida de valores o a un mero paso a la postmodernidad; sino a una ruptura con su endiosamiento idealista —de unos y de otra— que nos aliena y nos lleva no sólo a ignorar o a prescindir de las realidades (situaciones y necesidades) mundanas/humanas, concretas, en las que de verdad se juega nuestra vida, sino estrictamente a sacrificárselas a los valores, proyectos y métodos de la modernidad.

Porque los indios tenían razón: lo que importa son los espejos y no el oro

Estas crisis pudieran ser la oportunidad para escapar de la mistificación que pretende mantener como *racional* la misma vieja permuta de espejos y collares por oro; aunque invertida, pues ahora se trata de cambiar bosques, tierras, mares, especies animales y vegetales, los temporales de lluvia y la calidad del aire; la salud, la comida, comunidades y tradiciones, la convivencia familiar y grupal de muchos cientos de millones de seres humanos por dinero, negocios, comodidades y distracciones o vicios de unos cuantos. Podríamos aprovechar para hacer evidente esa insensible introyección de proyectos y objetivos, de instituciones humanas, procesos e instrumentos, que modifican radicalmente nuestras formas de estar, de interactuar y de relacionarnos en/con el mundo en que vivimos, de cuidarlo, construirlo, ponerlo y disfrutarlo en común...y que amenaza con desaparecerlo.

Evidentemente, todas las culturas y épocas han tenido la necesidad de reconfigurar su entorno y las formas de interactuar o interconstituírnos con él, aun los más fundamentales, como la generación y protección de la vida, las formas de trabajo o alimentación, de crear comunidades y grupos, formas y motivos de comunicación, relación o disfrute. Esa reconfiguración del mundo, el diseño y creación de nuevos bienes/realidades mundano-humanas, siempre han implicado la transformación, abandono y aun destrucción de bienes y formas de vivir que nos habían legado las generaciones anteriores: instrumentos, instituciones, tradiciones de convivencia y proyectos de mundo.

**Ahora se trata de
cambiar bosques,
tierras, mares, especies
animales y vegetales, los
temporales de lluvia y la
calidad del aire**

Pero ahora no se trata simplemente de eso, sino de una destrucción masiva —ella sí globalizada, que se potencia a sí misma y muy pronto será irrecuperable— del conjunto de bienes reales fundamentales para la vida de nuestra especie y la de muchas otras en el planeta (la tierra, el agua, el oxígeno), de las interacciones de los diversos elementos que configuran y condicionan la vida en nuestro planeta (corrientes oceánicas, temperaturas globales, procesos genéticos, etc.). Se trata de la destrucción física/biológica de la ecología en su conjunto y de las mismas comunidades humanas creadoras de esas culturas y bienes de los que todavía vivimos y de las cuales nacieron la misma tecnociencia, nuestras morales y religiones; es decir, nuestras formas y sentidos de estar el mundo

y de interconstruirnos con él. Y todo sacrificado al Moloch, al toro de oro (poder y dinero), al que hemos constituido en protector y garante de nuestra seguridad y comodidad; sólo que magnificados exponencialmente porque ahora dominan a nivel global.

Esta destrucción no es casual ni está provocada por el mero aumento poblacional, sino que se debe a los mismos objetivos y formas de relación con la realidad entorno que hemos proyectado, estructurado e implementado; se debe no sólo al uso sino al mismo diseño y estructuración de las tecnociencias que para ellos hemos creado que, si bien generan beneficios concretos, puntuales —sobre todo para las minorías ricas—, han producido materiales, instrumentos, procesos y formas de vida que están conduciéndonos a la destrucción de las posibilidades mismas de la vida y de su diversidad que hacen no sólo bella sino posible nuestra tierra.

Pero en los proyectos, en la tecnociencia y sus construcciones, en la política, la economía y las relaciones humanas, en la constitución o destrucción de nuestro mundo y nuestra vida inciden, muy fundamentalmente, las imágenes, comprensiones o relatos culturales (literarios, filosóficos, publicitarios, morales, míticos) que nos hacemos del ser humano, del mundo, de sus sentidos y sus correlaciones; sin los cuales no podríamos vivir, mucho menos actuar.

Conduciéndonos a
la destrucción de las
posibilidades mismas de
la vida y de su diversidad

No se trata de determinar qué fue primero, si las imágenes, tradiciones, comprensiones o las realizaciones materiales (artísticas, tecnocientíficas, políticas, etc.) y las experiencias cotidianas. Todas ellas se generan, co-determinan y constituyen mutuamente. Urge pues, desde las aperturas de la situación global, ponernos globalmente en cuestión, comenzando por la misma *razón moderna* que tampoco es independiente de todo lo anterior.

Por eso la cuestión antropológica fundamental consiste en nuestra problemática y vital relación con el mundo, en parte heredada de Grecia y Roma, pero canalizada por la modernidad.

Contra el *Nous* y su oposición a la materia, contra el análisis y el atomismo resultante

Entre los múltiples bienes que nos legaron Grecia y Roma, la filosofía griega nos heredó su comprensión cosmo-antropológica, Roma nos legó la legalidad. Ambas siguen marcando y envenenando subrepticamente nuestra comprensión y relación con el mundo y con nosotros mismos... Señalo algunos elementos.

El primero es la noción de un cosmos, integralmente diseñado y regido por el *Nous* razón-ley absoluta, eterna, inmutable e inescapable de todo lo que existe. A pesar de Darwin, en el fondo seguimos concibiendo la realidad como ya hecha e inmutable, determinada por el *Nous* eterno, la razón que ordena-legisla y confiere al cosmos y a sus componentes —incluidos los seres humanos— una naturaleza propia, inmutable e intransferible, cuyos comportamientos y relaciones

están estructurados por una ley natural, ella también eterna. En esta visión, los seres simplemente ejecutan su propia naturaleza, según la correspondiente legalidad, pero en realidad no tienen incidencia significativa sobre ella.

Todavía vivimos de ese mito, en parte porque nos conviene, nos permite soñar en un mundo y en seres humanos que, en el fondo, son tan permanentes e indestructibles como su razón-ley matriz, nos conviene pensar en un ser humano ya constituido (como debe de ser), siempre idéntico a sí mismo, que por lo mismo no puede ser afectado en su humanidad por lo que haga en y con su mundo. Nos conviene pensar en un mundo también eterno, inmutable, que en el fondo no depende de nosotros y que por lo mismo es en realidad inagotable/indestructible. El que cada uno tenga y ejecute su propia naturaleza nos permite además independizarlos y aun oponerlos. Ello nos exime de responsabilidades y tareas, de asumir no sólo su uso adecuado (según sus leyes naturales) sino su constitución, configuración y recreación.

Por otro lado, esta visión nos permite considerar la ciencia —y la tecnología que genera— como concreción o reflejo del *Nous* omnicompreensivo, y el manejo del mundo como simple aplicación necesaria de las leyes, descubiertas progresivamente pero ya inscritas necesariamente en él y, por lo mismo, auto-justificadas. Se constituye una ciencia incuestionable (aunque Popper postule lo contrario), siempre buena en sí misma, aunque a veces podamos usarla mal, de modo que cualquier duda o cuestionamiento respecto de su validez se convierte en herejía y merece la excomunión y el escarnio.

Cuyo descubrimiento y determinación nos permitiría tener la clave —la piedra filosofal— para conocer-controlar y transformar toda realidad, incluida la humana

Otra herencia envenenada consiste en la identificación de lo uno-único indivisible e inmutable con la divinidad y por ello con el origen y explicación de todo. De ahí derivan la mentalidad-método analítico y su búsqueda —siempre fragmentadora— de los átomos, que nos llevan a concebir cualquier realidad mundana como mero agregado de partículas y a la confusión de lo fundamental con lo indivisible, particular, mínimo, cuyo descubrimiento y determinación nos permitiría tener la clave —la piedra filosofal— para conocer-controlar y transformar toda realidad, incluida la humana.

La tercera herencia fue la oposición dualista entre el *Nous* eterno-único forma/razón pura y la materia, concebida como mera negatividad pasiva, informe e inerte, sólo dotada de forma y sentido por la razón-ley del espíritu. Oposición que derivará en guerra perpetua, gracias a sus múltiples metamorfosis: naturaleza/cultura, cuerpo/alma, salvaje-primitivo-migrante/ciudadano, mundo real/mundo virtual, etc. Oposición, discriminación, desprecio que permitirá justificar a la razón-ley como constitutiva o fundante y no como un elemento integrante del cosmos y, por tanto, su dominio absoluto e incuestionable.

Por último, la filosofía nos heredó la noción de *existencia*. A imagen de los dioses, los hombres y las realidades mundanas sólo son —y son más reales— en la medida en que *ex-sisten*, es decir en que se sustentan por sí mismos —*están de pie fuera de*—, aislados de toda otra realidad; en la medida en que

son autosuficientes, independientes —comprensión que Kant en la línea de toda la ilustración legalizará como auto-nomía: reducción del *Nous* cósmico a la intimidad de la conciencia. Esta será la base de la fragmentación de las comunidades en sus —supuestos— componentes individuales y la justificación de la transmutación de la masa de individuos en materia prima de las sociedades, materia sometida a la forma indiscutible de la razón-ley del estado.

La ciencia, el progreso, la misma vida se conciben como una lucha contra el mundo

Oponer, reducir y sujetar

La modernidad, en buena parte gracias a la teologización cristiana de aquellos presupuestos griegos, asimiló sus oposiciones y las transformó en enemistades.

En primer lugar, y contra su pretendido antropocentrismo, acaba concibiendo la naturaleza y al mismo *homo* como amenazas a vencer, sujetar o dominar.

La naturaleza —lugar original de fieras y salvajes— se convierte en amenaza y enemiga a vencer, someter por la civilización (por la *civitas*, la ciudad y su razón-ley), en objeto de expolio. La ciencia, el progreso, la misma vida se conciben como una lucha contra el mundo: mientras seris, yaquis y pimas convivieron por siglos con el desierto, el proyecto de expansión mestiza en Sonora se formuló como *derrotar al desierto*. Hasta la medicina y la agricultura se conciben como cruzadas contra virus y plagas o hierbas salvajes y no como utilización reforzamiento de sistemas inmunológicos, o de la interprotección ecológica de las diversas especies. Esto sin aludir al expolio y la destrucción causados por la minería o el *fracking* modernos.

Herederas del análisis y el atomismo, la modernidad induce un proceso de fragmentación progresiva del mundo en elementos aislados, manipulables y utilizables como tales, independientemente de las estructuras de que son parte. La atomización del mundo y del hombre y su reducción a partículas que interactúan nos impide verlos como constitutivos integrales de una totalidad correlacionada y comprender su importancia en ella. Gracias al progresivo desmembramiento-fragmentación-atomización que acaba por eliminar la forma de las cosas, el mundo en su conjunto se puede concebir como materia prima, en el sentido original (griego) de mera negatividad, pasividad, dispersión sin forma ni leyes propias, receptividad absoluta para cualquier configuración externa impuesta por la técnica o la concupiscencia humanas; muy pronto, gracias a la industrialización, será entendida y manejada como una especie de plasma homogéneo, mero insumo para los procesos de producción.

Paralelamente, en el otro gran proyecto de la modernidad, el civilizatorio, vemos aparecer los mismos presupuestos y dinamismos ancestrales.

El más evidente será la fragmentación/atomización de las comunidades y otras instituciones de convivencia grupal (como los gremios) —tenidas por opresoras, enemigas de la intimidad, del

progreso, la libertad e igualdad humana— en individuos, materia prima para la constitución de sociedades urbanas gracias a su homogeneización e indistinción ante la ley.

Esa transmutación del ser humano en individuo/ciudadano, puede además justificarse por la comprensión filosófica de la libertad —a imagen de los dioses griegos— como in-dependencia, autonomía y auto-suficiencia; y fundamentalmente por corresponder al presupuesto de que *ser* realmente es *ex-sistir*.

Pero sustituir las formas de convivencia comunitaria por procesos sociales y reducir al ser humano a ciudadano conlleva necesariamente el sometimiento universal de individuos e instituciones a la legalidad estatal. La sociedad se autoconstituye por la ley; ley que, si bien se justifica a sí misma, no puede ni dar sentido, ni proporcionar motivos; a no ser el del miedo al castigo. Por ello, el ingente e invasivo proceso de socialización-urbanización ha redundado en una fractalización exponencial de la ley en normas, manuales, reglamentos, procedimientos, códigos, etc. que constituyan, ordenen, controlen y, en su caso, sancionen toda actividad e interrelación humana, desde campos profesionales y laborales a instituciones de salud o educación, desde protocolos de investigación hasta comportamientos familiares y religiosos (no sobra recordar la pretensión de legislar y castigar las miradas consideradas lascivas en la ciudad de México). Reducir al ser humano a ciudadano, no sólo permite, sino que obliga a someterlo a la ley y a la autoridad bajo la amenaza de castigo/segregación. Esto, evidentemente, reduce la convivencia a derechos y deberes o —según las éticas de mínimos— a mera tolerancia y, de paso, restringe los derechos humanos a los portadores de pasaporte, aunque puedan ampliarse a los tarjetahabientes.

La *civitas*, tierra prometida de la libertad y la convivencia humanas, de la protección contra las amenazas de lo salvaje-natural, acaba siendo lugar e instrumento de vigilancia, control y amenaza de castigo y exclusión.

Propongo, por clarividente, una formulación del siglo xvii, símbolo y diagnóstico del proyecto moderno: los primeros misioneros de América —al menos los jesuitas— concibieron como uno de los objetivos fundamentales de su misión cristianizadora/civilizadora “el *reducir* a los indios a pueblos”. El argumento era que en sus comunidades dispersas eran “demasiado libres”. Los rarámuri se percataron de la trampa y lograron resistir más de cuatro siglos a todos sus intentos y presiones.

Los rarámuri se percataron de la trampa y lograron resistir más de cuatro siglos a todos sus intentos y presiones

La razón-ley como norma y fundamento universal

Ya no hay *Nous* divino, la tecnociencia y la ley civil han tomado su papel no sólo ordenador sino fundacional. Por ello se convierten en razón-ley de sí mismas y de todo el cosmos —claro, reducido a materia prima—; se autoconfieren derechos irrestrictos sobre la materia, la vida, la humanidad y sus procesos. Paulatinamente sus criterios y metodología se han constituido en criterios de verdad y legitimidad universal.

Esto nos conduce a la reducción del mundo al dominio y alcances de la diosa razón; parafraseando a Kant, abandonamos la contemplación del cielo estrellado que está sobre nosotros y redujimos el mundo al interior del hombre.

Reducir la comprensión de la naturaleza y el ser humano y la relación con ellos a las leyes —su mínima expresión— nos permite creer que podemos explicarlos, controlarlos y dominarlos totalmente... que ya no hay lugar para lo misterioso, lo gratuito y lo libre.

Nos conduce a la
reducción del mundo al
dominio y alcances de la
diosa razón

Las consecuencias y daños no tan colaterales

Evidentemente, la modernidad nos trajo bienes, saberes, posibilidades y proyectos maravillosos. Sin embargo es impresionante caer en la cuenta de que los tres pilares-motor fundamentales de la ilustración: la libertad, la igualdad y la fraternidad han sido radicalmente socavados por esa misma Diosa Razón que quiso poner al *anthropos* en el centro del *cosmos*, y que llega a la postmodernidad en el desencanto sartriano de *el hombre como pasión inútil* y la desesperanza heideggeriana de *el hombre como ser para la muerte*.

Pero los efectos no se reducen al desencanto filosófico. La auto-suficiencia y la in-dependencia resultan en una atomización autista-narcisista frontalmente opuesta al proyecto de fraternidad. La absolutización del individuo y sus derechos, la constitución de una sociedad del consumo/satisfacción instantáneos y egoístas nos regresan al solipsismo y la soledad de Narciso. El desencanto y el nihilismo postmodernos y primermundistas, pretendidamente anclados en la finitud, sólo son manifestación de nuestra incapacidad de vivirnos y gozarnos en los otros...

La absolutización de la ley como criterio y fundamento social sólo es posible con la vigilancia y el control constante de video-cámaras y ciberespías que acaban con la libertad y la intimidad pretendidas. El derecho liberal-burgués irrestricto a la propiedad individual impide la realización de la igualdad. La ciudad ya no es defensa contra las amenazas ni lugar de libertad. Pero quizá es más grave el hecho de que la ley —científica o civil— no puede inventar sentidos y motivos, que hacerlo individualmente es imposible y que, por lo mismo, hemos acabado por renunciar a ello y, a falta de sentidos y motivos, nos hemos conformado con planificar y automatizar. Situación que muy pronto se revela como una prisión absolutamente aburrida, en la que no cabe ni la creatividad ni, mucho menos, la aventura, la ilusión y la maravilla.

La computadora, portadora virtual del mundo, se va convirtiendo en la totalidad de mi mundo. La abolición del espacio y el tiempo por la cibernética y el consumismo nos anclan en la eternidad del aquí-ahora, causa y síntoma de la pérdida del futuro, del sentido y la esperanza. El *aude sapere* (atrévete a saber) ilustrado se va reduciendo a recepción, acumulación y procesamiento de información, y desaparece ante la propaganda masiva.

Un presupuesto pasado por alto: Nos hacemos lo que hacemos

Tenemos que acabar con la dicotomía en que hombre y mundo son dos realidades ya natural y totalmente constituidas, autosuficientes, separadas por dinanismos y leyes independientes e incluso contrapuestas.

Siempre hemos sabido —aunque no siempre sacado las consecuencias— que no hay seres humanos sin mundo o, más precisamente, sin mundos convividos, compartidos, contruidos en común. No siempre nos hemos percatado de que, estrictamente, tampoco hay mundo sin seres humanos, aunque seguramente hubo energía, cosas materiales y seres vivos de diverso tipo.

No podemos llegar a ser humanos — sin la experiencia y la realidad mundana

Este sólo hecho tendría que hacernos pensar que somos inconcebibles e irrealizables los unos sin el otro; es decir, no podemos ni siquiera concebirnos, mucho menos actuar o vivir —en realidad no podemos llegar a ser humanos— sin la experiencia y la realidad mundana. Parafraseando el libro del génesis, estamos siendo creados a imagen y semejanza de nuestro mundo; correspondientemente, en y por ese proceso, el mundo se va creando a nuestra imagen y semejanza. Solo hay mundo si el conjunto de la realidad tiene sentidos humanos y viceversa.

Somos nuestro mundo, vamos siendo lo que vamos haciendo en y con nuestro mundo; humanidades y mundos se corresponden, como se corresponden mundos, humanidades y sentidos/motivos, imágenes y proyectos humanos/humanizantes fundamentales, creación artística, tradiciones, juego, fiesta.

Todo nuestro hacer mundano humaniza (o deshumaniza) el mundo, al mismo tiempo que la humanidad (o inhumanidad) de nuestros mundos nos re-configura y humaniza. No sólo somos seres tecnológicos, somos seres de la tecnología; ésta no sólo configura sino que realmente constituye nuestra humanidad. Desde la edad de piedra y fuego.

El mundo no es un mero dato

El mundo no es lo que hay fuera de nosotros, no es mero ser/acontecer biofísico, aunque lo incluya. O, mejor dicho, desde que hay ser humano, y mientras lo haya, nunca habrá mero acontecer biofísico. Mundo y cosmos suponen y son presencia, comprensión, interacción humana. Mundo es nuestra forma de “darnos cuerpo”, en y con él nos hacemos, literalmente lo in-corporamos; gracias a las tortillas somos —corporalmente— hombres de maíz; pero con y por las mismas tortillas in-spiramos leyendas y tecnologías, calendarios y estaciones, celebraciones y cariño. Nosotros in-spiramos diversos mundos que a su vez inspiran nuestra sensibilidad, nuestra inteligencia y nuestro querer, nuestra misma libertad. Todas ellas, contrariamente a lo que se piensa, se posibilitan y constituyen gracias a las determinadas condiciones mundanas que convivimos.

Desde el principio *anthropos*, *techné* y *cosmos* se inter-constituyeron mutuamente

Con la “invención”-uso del fuego y los instrumentos de cocción nuestro intestino y nuestro sueño se reconstituyeron radicalmente; con ello, se hicieron posibles el desarrollo de nuestro cerebro y el sueño paradójico, las posibilidades de narraciones y convivencia nocturna, con ello nos reconstituimos como una nueva forma de humanidad, se modificó radicalmente nuestra inteligencia, nuestra socialidad y el poner el mundo en común; el fuego hizo del mundo nuestro hogar.

Con las herramientas hemos puesto nuestra fuerza, nuestras capacidades de prensión o de movilidad en el mundo; por ese mismo hecho hemos ido reconfigurando nuestro cuerpo de tal modo que ya no tenemos ni las garras y manos, los dientes o la fuerza de los primates, ni su agilidad de movimientos...

Los cyborgs, van siendo realidad gracias a prótesis inteligentes, exoesqueletos, implantes oculares o transmisores cerebrales

La escritura crea una nueva forma de guardar y transmitir información, esa transformación que se generalizará con la imprenta y que, a partir de ella reconfigurará no sólo nuestra comunicación sino la constitución de nuestros grupos humanos y de nuestra *psiqué*. La escritura nos permite poner nuestra memoria en nuestros instrumentos y nos va despojando de ella, nunca tendremos la capacidad memorística de los pueblos de tradición oral.

La industrialización, ayudada por las nuevas ciencias, ha creado un mundo radicalmente distinto del anterior y, con él, un nuevo tipo de relaciones y comprensiones del ser humano; ha creado un nuevo tipo de humanidad con un cuerpo cuyo lapso de vida se ha duplicado. Las creaciones tecnológicas y sus metodologías generan nuevas imágenes y comprensiones de ese cuerpo: físicas (huesos y músculos como sistema de poleas) químicas (circulación y mezcla de humores) o, actualmente, electro-cibernéticas (sistema nervioso como transmisor y procesador de impulsos eléctricos).

Vamos tecnologizando el mundo y nuestra estructura humana, mundanizando la tecnología y nuestra humanidad, y humanizando el mundo y la tecnociencia. Aunque precisamente por la apertura e interrelación de estos tres factores podemos hacer el proceso inverso: deshumanizar el mundo o la tecnología, deshumanizarnos y desmundanizarnos, etc.

En este momento somos capaces de programar y diseñar los rostros que queremos, los cuerpos, nuestros procesos endócrinos, nuestra misma biología. Los *cyborgs*, mezcla de hombre y máquina, van siendo realidad gracias a prótesis *inteligentes*, exoesqueletos, implantes oculares o transmisores cerebrales que integran la tecnología en el cuerpo humano y que por ese mismo hecho lo van reconfigurando.

Además, vamos hacia los *cyborgs* no sólo —ni principalmente— porque hayamos metido aparatos en nuestros cuerpos sino porque nos hemos metido en el cuerpo de nuestros inventos (antes se hablaba de personas metidas en los libros... ahora hablamos de jóvenes metidos en sus computadoras). Nos hemos puesto, literalmente, en el mundo virtual, en él se empiezan a tejer nuestras relaciones,



a guardar nuestra memoria o a publicar nuestra historia, a configurar el lenguaje, y la imagen que tenemos de nosotros mismos. Con el diseño, uso, sometimiento a los procesos, esquemas y leyes de la cibernética, estamos empezando a configurar nuestra propia inteligencia, nuestra afectividad, nuestra capacidad y formas de decisión a imagen de las computadoras y, en muchos sentidos, a reducirlas a esos esquemas, modos de proceder y límites. Nuestra inteligencia —y su comprensión científica o filosófica— está pasando de funcionar en términos de causalidad, a funcionar en términos de “contigüidad” es decir de enlaces (*links*) y cálculo de probabilidades.

Es fundamental darnos cuenta de que la razón moderna no sólo es instrumental sino instrumentalizadora: por un lado impuso sus leyes y metodología como criterio último de verdad/ realidad; pero más radicalmente impone además su misma formalidad experimental. Configura al hombre y su mundo a su imagen y semejanza; impone su formalidad a instituciones, procedimientos, estilos de trabajo e incluso individuos humanos. Hace que toda realidad sea programable, previsible, medible-controlable y repetible indefinidamente. La razón ley —subrepticamente— se constituye en demiurgo, configurador del mundo-hombre a su imagen y semejanza.

Como un mero ejemplo, es un hecho que por el afán de programar, controlar, comprobar, repetir los resultados de la educación —en realidad su “rendimiento”— estamos empezando a construir esquemas educativos, programas, formas de exposición, calendarios, evaluaciones, etc. regidos y limitados por las posibilidades de someterlos a las leyes del procesamiento cibernético; es decir, a procesos homogéneos, repetibles/repetidos, masivos, mecanizados algorítmicamente y, sobre todo controlados; precisamente lo contrario al tan pregonado humanismo, atención personalizada, creatividad, innovación, “vocación a cambiar el mundo” etc. de nuestros reclamos mercantiles.

El *anthropos* la *techné* y el *kosmos* y el mundo están irremisiblemente en un proceso de coestructuración o destrucción mutua; sólo si diseñamos, asumimos y realizamos humanamente esa tarea será posible pensar una verdadera solidaridad-libertad mundana. Contra lo que postula la modernidad, la libertad sólo es posible en la solidaria responsabilidad creativa...

**Regidos y limitados
por las posibilidades de
someterlos a las leyes
del procesamiento
cibernético**

Las posibilidades del presente

El panorama, visto desde el mundo occidental postmoderno —bastante reducido— parece efectivamente catastrófico y desesperante. Sin embargo, hay intentos de encontrar luces en los mismos dinamismos y situaciones que se están viviendo.

Internet posibilita la comunicación planetaria de situaciones y problemas, tomas de conciencia, el involucramiento masivo y solidario en asuntos de justicia, política y ecología muy concretos. La experiencia de las redes puede llegar a poner en cuestión los “centrismos” dominadores y acaparadores.

La *liquidez* postmoderna podría abrirnos a pertenencias múltiples y no dogmáticas a la relativización de posiciones ético-políticas o convicciones culturales fixistas, propiciar el aprecio por la diversidad

y la diferencia. Esta generación sin compromisos definitivos, para la que el deber y correlativamente la ley, —aunque, contradictoriamente, no el derecho— dejan de ser criterio absoluto, pudiera abrir la puerta de escape de la ultralegalidad científico social, ahora convertida en nueva moral, religión y metafísica.

Ser humanos es estar abiertos a toda realidad; somos trascendentes, por eso ninguna realidad concreta, ni siquiera la misma humanidad nos colma o agota. La posibilidad y las experiencias de comunicación global podrían inspirar la necesidad/posibilidad de ponernos más allá de nosotros mismos, de poner nuestro corazón en algo más que nosotros y nuestra realidad-realización humana. Las redes virtuales nos proporcionan un instrumento con el que podríamos hacerlo. Pero el internet no lo puede hacer por sí mismo; porque eso depende de nuestra capacidad de relaciones y realizaciones, no virtuales sino actuales de que configuremos una interrelación humana y humanizadora entre mundos virtuales y bienes reales/concretos.

Interrelación humana y humanizadora entre mundos virtuales y bienes reales/concretos

También los dinamismo del mundo cibernético nos van enseñando que los sistemas no son la suma de los individuos; que aquellos pueden ser viables sin determinados individuos, pero no a la inversa, que los se estructuran y con-sisten en sub-sistemas. La formulación de teorías de conjuntos, o las mismas teorías de la indeterminación y de la relatividad, las filosofías estructurales, de la complejidad, etc. pudieran ser un antídoto contra la visión atomista y fragmentadora del cosmos y la humanidad, contra los legalismos científico y social.

Por otro lado, en ese mismo primer mundo empiezan a surgir iniciativas más allá del mundo virtual; formas de intercambio, de alimentación, de relación con el mundo que anuncian una ruptura con la mentalidad omnidevoradora de la modernidad tardía: desde propuestas de producción urbana de alimentos, comidas orgánicas, de temporada, lentas hasta la propuesta de glocalización, la vuelta a la producción y consumo local, para mejorar las economías locales, las relaciones vecinales y evitar el deterioro del medio ambiente

Aunque parezca que la experiencia del mundo de los pobres sólo añade violencia, sometimiento y despojo al panorama actual, paradójicamente ofrece perspectivas mucho más concretas y alentadoras.

La primera y fundamental es que por su misma marginación el mundo de los pobres ha podido mantener formas de solidaridad grupal y de austeridad en su relación con el mundo que abren posibilidades de cambiar las formas y el rumbo de nuestras interrelaciones. Se habla de relatos e interpretaciones, epistemologías alternativas para analizar los problemas globales. También existen innovaciones económicas y laborales adecuadas a las posibilidades y recursos reales y renovables (de hecho, la mayor parte de los productos agrícolas que se utilizan directamente en la alimentación humana vienen de ese mundo). En esos mundos se vive constantemente la experiencia de la complejidad e interdependencia de los sistemas biológicos, de los seres humanos y sus formas de convivir; es cotidiana la experiencia de ponerse en común y compartir el mundo... todo ello nos puede llevar a poner en cuestión, reformular y reconstituir las visiones, proyectos y formas de interacción impuestas por la racionalidad economicista.

Frente al presupuesto filosófico fundamental de Grecia —apuntado al principio—, desde el mundo de los pobres podemos descubrir que ni el mundo, ni el hombre, ni el saber existen. No ex-istimos, *con-sistimos*, nos sostenemos en, con y por las comunidades, mundos y acciones humanas (y desde la antigua teología cristiana de la *perijóresis* o *circumincisión* Dios mismo *consiste* en trinidad)

Humanidad y cosmos como regalo

El mundo no es un mero *datum* —algo simplemente dado, supuesto (puesto abajo)—, mera materia inerte, fuente de insumos, o vida a nuestra disposición, como tampoco es mero entorno; sino el conjunto estructurado de las realidades con y en las que nos constituimos y convivimos. No somos propietarios del mundo, pero tampoco —Heidegger *dixit*— estamos simplemente arrojados a él. Mucho más que eso, fuimos y somos con-vocados a un mundo que se nos regala, somos integrados en/por él.

Como vimos, el mundo es siempre un mundo humano; en él se han objetivado las vidas y los esfuerzos de millares de generaciones. El mundo/cosmos, en su totalidad coestructurada, es fundamentalmente un don —y como don es sagrado—; nos remite al ámbito donde las cosas no tienen ni valor, ni precio —son invaluable—, de las realidades sobre las cuales no podemos tener dominio ni, por tanto, exclusividad; al ámbito de la vida, la humanidad, donde toda la realidad —incluidas nuestras vidas y nuestra misma humanidad— nos es regalada y puede ser compartida/disfrutada, gratuitamente. Precisamente esa gratuidad relativiza toda legalidad, hace de la ciencia, el mundo y el hombre una fiesta y los consagra como radicalmente humanos.

Adama y Adam, el ser tierra: Mundo-humanidad como don fundante

Míticamente, en el primer capítulo del Génesis, antes de ser doble, hombre/mujer, el ser humano fue de la tierra; Adam *el terrenal* viene de Adama (tierra) incluso en latín, *homo* y *humanus* nos refieren a *humus*, la tierra fértil (¿húmeda?). Pero el capítulo II, invierte, significativamente, la creación: sólo cuando hay Adam, puede surgir del caos Adama y constituirse como tal; la lectura del segundo relato, nos permite comprender que sólo cuando hubo ser humano el caos se convirtió en mundo (hubo plantas y llovió, hubo animales y hierba verde): pero para el redactor de Génesis, ni mundo ni hombre son mero dato, producto de la necesidad o de la ley divina, son regalo, juego divino.